

Este género renació en los dos últimos siglos de la Edad Media, no por imitación ni remedo de los Íambulos y Antonios Diógenes, que yacían en el más completo olvido, sino por un movimiento de curiosidad científica mezclada de profunda credulidad, enteramente análogo al que había engendrado estas ficciones entre los antiguos. A medida que se ensanchaba el conocimiento del mundo, la imaginación, siempre insaciable en pueblos jóvenes y ávidos de lo maravilloso, completaba y refundía a su modo las nociones geográficas vagamente aprendidas, y poblaba de vestiglos y de monstruos las regiones nuevamente descubiertas. Las cruzadas primero, y después los viajes de misioneros y mercaderes al centro del Asia, habían producido en la fantasía europea una fermentación grande y tumultuosa, que era como el preludio de la era de los descubrimientos. Los pueblos de nuestra Península, destinados por decreto providencial a encarnar en sí la mayor gloria de aquel momento sin par en la evolución histórica, no fueron los primeros en sentir la pasión de los viajes; y era natural que así sucediese, dada su posición en el extremo de Europa más remoto del continente asiático, y su doméstica y peculiar historia, que hasta cierto punto los aislaba de los intereses generales del Occidente cristiano; pero desde el siglo XIV, en que fué más íntimo su trato con Francia, Inglaterra e Italia, empezaron a prestar atento oído a las maravillosas relaciones de los reinos de Tartaria, del Cathay y de la corte del Preste Juan. Ya en el *Caballero Cifar*, que es novela de las más antiguas, se concede buen espacio a la cosmografía, y al siglo XIV pertenece también el notable manual que lleva por título *Libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo*, obra anónima de un franciscano español, interesante sobremanera en la parte africana (1). A fines del mismo siglo, el Maestre de San Juan, Fernández de Heredia, incluía en una de sus grandes compilaciones históricas, redactadas en dialecto aragonés (*Flor de las historias de Oriente*), el *Libro de Marco Polo, ciudadano de Venecia* (2), que en tiempo de los Reyes Católicos lograba nuevo intérprete en el arcediano Rodrigo Fernández de Santaella, principal fundador del estudio universitario de Sevilla (3). Inútil es encarecer la importancia de tal texto y la acción eficaz que su lectura ejerció en la mente de los grandes descubridores y navegantes de aquella edad heroica.

Con los viajes traducidos o compilados de fuente extranjera alternaban ya relaciones originales de no poco precio. España, que en el siglo XII había tenido un viajero de primer orden en la persona de Benjamín de Tudela, enriquecía su literatura del siglo XV con dos itinerarios admirables: la embajada de Ruy González de Clavijo en demanda del Gran Tamorlán, y las *Andanzas y viajes* del caballero andaluz Pero Tafur, brillante y pintoresco narrador de sus correrías por gran parte de Europa, Egipto y Siria.

A la sombra de los viajes verdaderos comenzaban a pulular los fabulosos sin que el vulgo hiciera gran distinción entre unos y otros. Ninguno igualó en popularidad al

(1) Publicado e ilustrado por D. Marcos Jiménez de la España (Madrid, 1877).

(2) Esta versión ha sido modernamente impresa conforme a la copia que sacó el benemérito erudito H. Knust del Códice de la Biblioteca Nacional.

El Libro de Marco Polo. Aus dem vernöchtlich des Dr. Hermann Knust nach der Madrider handschrift herausgegeben von Dr. Stuebe. Leipzig, 1902.

(3) *Libro del famoso Marco Polo, Veneciano, de las cosas maravillosas que vido en las partes orientales; conviene saber en las Indias, Armenia, Arabia, Persia y Tartaria; e del poderío del Gran Can y otros Reyes. Con otro Tratado de Micer Poggio Florentino e trata de las mismas islas y tierras.* Logroño, por Miguel de Eguía, 1529.

Hay otra edición de Salamanca con el título de *Cosmografía introductoria en el libro de Marco Paulo Veneto, de las cosas maravillosas de las partes orientales y tratado de Micer Poggio, Florentino* (Sevilla, por Juan Varela, de Salamanca, 1518).

del inglés Sir John de Maundeville, obra de fines del siglo XIV, de la cual se conocen tres textos, al parecer originales: uno en la propia lengua del autor, otro en francés y otro en latín, encaminados sin duda a diversas clases de lectores. La traducción castellana es algo tardía, pero en breve tiempo tuvo tres ediciones góticas (1), exornadas con muchos y estupendos grabados en madera, que reproducen al vivo las principales monstruosidades y patrañas del texto: unicornios y centauros, cinocéfalos, hombres con los dos sexos, otros con los ojos y la boca en el pecho o como dos astas en la cabeza, etcétera. En la portada campea en rojas letras el nombre de *Juan de Mandavila*, el cual dice de sí propio al fin de la obra: «Has de saber que yo Johan de Mandevilla, caballero susodicho me parti de mi tierra e passé la mar en el Año de la gracia y salud de la natura humana de Mill e ccc e xxii Años, y después acá he andado muchos pasos e tierras y he estado en compañías buenas y en muchos y diversos fechos bellos y en grandes empresas: agora soy venido a reposar en edad de viejo antiguo, y acordandome de las cosas passadas he escripto como mejor pude aquellas cosas que vi y oi por las tierras donde anduve: tornado a mi tierra en el Año del nascimiento de Mill e CCC e LVI y quando yo parti de mi tierra avia xxiii».

No es del caso, ni para ello tengo competencia, determinar lo que puede haber de fidedigno en los recuerdos de viajes que consignó Juan de Mandeville siendo *viejo antiguo*. Su descripción de Tierra Santa es detallada y merece crédito. Parece confirmado que estuvo algunos años al servicio del Soldán de Egipto, y que conocía bien la Siria y la Palestina. Pero de la autenticidad de sus peregrinaciones por la Armenia, el Turquestán, la Mongolia y la China septentrional puede dudarse sin grave cargo de conciencia, no sólo por las increíbles fábulas que refiere (puesto que no las hay menores en los viajeros de la Edad Media tenidos por más verídicos), sino por lo confuso del itinerario, por la escasez de circunstancias personales en la narración, por el calco evidente de otros viajes anteriores, especialmente del de Marco Polo, y por el aspecto de compilación que toda la obra tiene. En ella entran todas las fábulas transmitidas por los naturalistas de la antigüedad a los de la Edad Media, y entraron también cuentos orientales muy parecidos a los de *Las Mil y una Noches*. Parece haber conocido los *Viajes de Simbad el marino*, puesto que en uno y otro se hallan el pájaro Rock (que en Mandeville es un grifo), las montañas de piedra imán que atraen los navíos, los negros pigmeos, los gigantes antropófagos y la isla en que se enterraba a los maridos vivos con sus mujeres muertas. Y así como del rey de Ceylán cuenta Simbad que llevaba delante dos heraldos, uno que ensalzaba en altas voces su poderío y otro que le recordaba la inevitable necesidad de la muerte, así del Preste Juan refiere Mandeville que sus servidores conducían delante de él un vaso de plata lleno de piedras preciosas, como símbolo de su poder y de su riqueza, y un vaso de oro lleno de tierra, para recordarle que todo había de convertirse en polvo (2). Es la misma alegoría, aunque expresada con figuras distintas.

(1) Barcia, en sus adiciones a León Pinelo, cita dos ediciones de 1515 y 1540, entrambas de Valencia. Pero no he visto más que la de 1521, que es la misma que tuvo Salvá:

Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la Tierra Sancta de jherlm y de todas las provincias y cibdades de las Indias y de todos los onbres mostruos que ay por el mundo Con muchas otras admirables cosas...

Colofón: Fue ympremida la presente obra en la metropolitana Ciudad de Valencia. Por arte e yndustria de Forje Costilla. Acabose en el Año de las discordias de Mill e Quinientos e XXj. A quinsse de Julio.

Fol. let. gótica a dos columnas.

(2) Estas comparaciones fueron ya hechas por E. Montegut en su ameno e ingenioso estudio sobre el Viaje de Mandeville (Vid. *Heures de lecture d'un critique*, París, 1891), pp. 233-337.

Hay en Mandeville bellísimas historias, como la del castillo del Halcón, guardado por una dama en las montañas de Armenia, o la de la hija de Hipócrates, convertida en dragón en la isla de Cos; leyenda que pasó, como sabemos, a nuestro *Tirante el Blanco*. La isla encantada de *La Tempestad* de Shakespeare, poblada de espíritus aéreos, henchida unas veces de mágica armonía y otras de espantables ruidos, se parece mucho a cierto valle descrito por Mandeville. Y sin paradoja ha podido sostenerse que todavía el autor de los *Viajes de Gulliver* y el de *Robinson Crusoe* son tributarios de este libro de viajes fantásticos, el más antiguo acaso de toda la literatura europea.

En España suscitó una imitación, que hasta nuestros días continúa siendo popular, y que se enlazó con el nombre de un personaje histórico del siglo xv, célebre por su noble vida y trágica muerte, el infante D. Pedro de Portugal, duque de Coimbra, regente del reino durante la menor edad de Alfonso V y víctima de los consejeros de su pupilo en la celada de Alfarrobeira. D. Pedro, digno hermano de D. Enrique el navegante, del tan preclaro moralista como desventurado monarca D. Duarte, de D. Fernando, el príncipe constante mártir en Tánger, dejó entre sus contemporáneos reputación de gran viajero, aunque sus viajes no fuesen, ni con mucho, los que la leyenda supone.

Nunca fue, despues ni antes,
Quien viese los atavios
E secretos de Levante,
Sus montes, islas e rios,
Sus calores e sus frios
Como vos, señor Infante,

le decía Juan de Mena en unos versos a él dedicados (1). Es cosa de todo punto averiguada que desde 1425 a 1428 visitó casi todas las cortes de Europa, pudiendo seguirse con documentos fehacientes sus pasos en Inglaterra, Francia, Flandes, Alemania, Hungría, Venecia, Roma, Aragón y Castilla, por donde hizo el viaje de vuelta; siendo en todas partes agasajado por príncipes y soberanos, asistiendo a torneos y paseos de armas, tomando parte en la guerra que el Emperador Segismundo hacía a los turcos y recibiendo valiosos presentes, entre los cuales no debió de ser el menos estimado por él, dadas sus aficiones geográficas, un ejemplar de Marco Polo y una colección de cartas geográficas con que le obsequió el Dux de Venecia. Este y no otro fué el curso de sus peregrinaciones, y no habla de otras quien debía de conocerlas mejor que nadie: su hijo el Condestable D. Pedro, tan semejante a él en desdichas y en méritos. Dice así en su *Tragedia de la Reina Doña Isabel*, al conmemorar los méritos del padre de ambos: «Aquel que pasando la grande Bretaña y las gálicas y germánicas regiones a las de Ungria e de Boemia e de Rosia pervino, guerreando contra los exercitos del grand Turco por tiempos estovo; e retornando por la maravillosa çibdad de Venecia, venido a las ytalicas o esperias provincias escodriñó e vido las insignes e magnificas cosas, e llegando a la cibdad de Querino tanyó las sacras reliquias, reportando honor e grandissima gloria de todos los principes e reynos que vido».

(1) En las *Settanta Novelle Porretane*, del boloñés Sabadino degli Arienti, se halla una que tiene por héroe a un «hijo del rey de Portugal», que seguramente es el infante D. Pedro por la alusión que se hace a sus viajes:

El filioli del Re di Portogallo fingendo andare per voto in Ierosolima ne va in Anglia; et mena via la figliola del Re sua amante: ambe doi in diuersi lochi rapiti sono in Servitu posti: in la quale dimorati un tempo in Portogallo inopinatamente se trouano: done con grande festa et leticia se maritano»...

Fol. XIX de la edición de Venecia, 1510.

Pero tales andanzas, aunque para el siglo xv fuesen notables, no podían satisfacer en el xvi a los que estaban familiarizados con las navegaciones y descubrimientos más portentosos. Así es que la tradición de los viajes del Infante fué ampliándose desmesuradamente, y no sólo se dijo de él que había visitado la Casa Santa de Jerusalén, lo cual acaso tuvo propósito de hacer, pero seguramente no hizo, sino que había estado en la corte del Gran Turco y del Soldán de Babilonia; especies que patrocinó, como patrocinaba todo género de patrañas, el docto y estafalario Manuel de Faria y Sousa en su *Europa Portuguesa*: «Corrio todas las provincias del mundo que entonces eran descubiertas, no tratando con Circes, Polifemos y monstruos de bien soñadas fabulas, mas con principes y Cortes y gentes de varias policias» (1).

La desafortada hipérbole de Faria y Sousa no era más que un eco de cierta ficción popular debida a un autor castellano, seguramente anterior a la mitad del siglo xvi, que lleva por título *Libro del infante don Pedro de Portugal, el qual anduvo las quatro partidas del mundo*, y se dice compuesto por «Gomes de Sant Esteban, uno de los doze que anduvieron con el dicho infante a la vez», sin duda en remembranza de los doce apóstoles. Este tratadillo, cuya primera edición conocida es de Salamanca, 1547, fué reimpresso muchas veces, ya en tipo gótico, ya en letra redonda, y hoy mismo se reimprime y se vende por las esquinas, muy adulterado y modernizado en el estilo, como todos los libros de la llamada gráficamente *literatura del cordel*. En Portugal existe en la misma forma, pero es traducido del castellano, y no se cita edición anterior a 1644 (2).

El gran artista histórico que la península produjo en el siglo xix, mi inolvidable amigo Oliveira Martins, en aquel libro, el más excelente de los suyos, que tituló *Os filhos de D. Joao I* (3), quiso dar cierto valor documental a esta relación de viajes, rechazando la parte, evidentemente fabulosa, que se refiere al Preste Juan, pero admitiendo la peregrinación a Tierra Santa y las jornadas del príncipe por Turquía, Egipto y Arabia. Mediante hábiles correcciones y supresiones, que dejan el texto como nuevo, y suponiendo interpolado todo lo que estorba, llegó a reconstruir un itinerario que fascina y deslumbra por la hábil agrupación de los datos y la brillantez de las descripciones. Pero toda esta fábrica, por primorosa que sea bajo el aspecto estético, no resiste al análisis. Es una restauración quimérica, sin más apoyo que el frágil y deleznable de un libro apócrifo, cuya insensatez es palpable, a menos que le supongamos monstruosamente corrompido en los nombres, en las distancias, en todo; y en este caso, ¿dónde encontrar el texto genuino en que repare tales faltas?

Si el admirable narrador portugués extremó en este punto los derechos de la fantasía, hasta un punto incompatible con la severidad histórica, al alto y penetrante espíritu crítico de Carolina Michaëlis (4) estaba reservado poner las cosas en su punto y enterrar definitivamente la leyenda de los viajes orientales de D. Pedro, que es no sólo apócrifa

(1) *Europa Portuguesa*, 2.^a edición, Lisboa, 1679, t. II, p. 325.

(2) La edición castellana de 1547 (Salamanca, por Juan de Junta, «a veinte e cinco dias de enero») existe en la Biblioteca Nacional de París. En la de Madrid, otra edición gótica, de Burgos, por Felipe de Junta, 1563, procedente de la librería de D. Pascual Gayangos.

De las dos relaciones de cordel que actualmente se expenden en castellano y portugués ha hecho una curiosa reproducción comparativa D. Cesáreo Fernández Duro (*Viajes del infante D. Pedro de Portugal en el siglo XV*... Madrid, 1903).

(3) Lisboa, Imprenta Nacional, 1891; pp. 83-135 y 369-378.

Siento no conocer el trabajo del Sr. Sousa Viterbo *O infante D. Pedro o das sete partidas*, Lisboa, 1902.

(4) Véase el precioso estudio ya citado: *Una obra inédita do Condestavel D. Pedro de Portugal* (en el *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, t. I, pp. 637-732).

sino incompatible con la cronología de su vida y con las declaraciones de sus contemporáneos. El *auto* atribuido a Gómez de San Esteban, es una novela geográfica del mismo género que *Simbad el marino*, y muy análoga al *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandeville, del cual en cierto modo puede estimarse como un epitome. Hasta la frase disparatada de las *cuatro partidas del mundo* (convertidas luego en *siete*) se tomó de una de las ediciones del Mandeville castellano, en que también son *siete* las partidas, por grotesca confusión con las del Código de Alfonso el Sabio. Quien haya leído a Mandeville nada encontrará de original en nuestro libro de cordel, salvo ser mucho más confuso y disparatado el itinerario. El infante D. Pedro, recibida la bendición paterna, sale de su villa de Barcellos con doce compañeros y veinte mil doblas de oro; pasa por Valladolid, donde le obsequia D. Juan II con cien mil escudos y un intérprete llamado García Ramírez; se embarca en Venecia para la isla de Chipre; de Chipre salta a Damasco, *capital del Gran Turco*; visita las ruinas de Troya, y de allí se encamina a Grecia por un desierto asperísimo. Nada más fácil que pasar desde Grecia a Noruega, donde los días son de seis horas, peregrinación que realizan en ocho días D. Pedro y sus compañeros montados en dromedarios. Pero encuentran aquella tierra muy fría, y determinan ir a Babilonia (nombre que en la Edad Media se daba al Cairo) y hacer una visita de cortesía al hijo del Soldán de Egipto, anunciándole su propósito de visitar las tierras del Preste Juan. En el camino tropiezan con el país de los centauros, gente soez, indómita y sin religión. Continúan sus jornadas por la Arabia Feliz y Palestina; describese minuciosamente la Tierra Santa, repitiendo las mismas tradiciones que se hallan en Mandeville y en Bernardo de Breidenbrach, dean de Maguncia, cuyo viaje corría traducido al castellano desde 1483 (1). En las sierras de Armenia alcanzan a distinguir, aunque de lejos, el arca de Noé, que tenía los costados llenos de plantas marinas y de musgo. Finalmente, llegan al Cairo, y se encuentran con la agradable sorpresa de que el Soldán era medio paisano suyo, un renegado extremeño de Villanueva de la Serena, a quien habían cautivado en su infancia los moros granadinos. Disfrutaban algún tiempo de su franca hospitalidad, y cargados de joyas y piedras preciosas continúan su caminata por regiones tan peregrinas, que ni aun los nombres es posible identificar muchas veces. En Nínive (la versión portuguesa dice en *Samasa*, y parece reminiscencia de Samarcanda) visitan la corte del gran Tamerlán, cuyo aparato y suntuosidad se relatan con rasgos que parecen tomados del Ruy González de Clavijo, aunque su viaje no estaba impreso todavía cuando salió a pública luz el librejo del infante D. Pedro. En las cercanías del Mar Muerto contemplan la estatua de sal de la mujer de Lot, que cuando crece la luna se hincha más de un palmo y se disminuye cuando mengua. Permanecen dos meses en el convento de franciscanos del monte Sinaí, donde veneran el cuerpo de Santa Catalina y la fuente que Moisés hizo brotar de la piedra hiriéndola con su vara. En la Meca penetran por gracia especial en la Caaba, donde ven el zancarrón de Mahoma suspendido entre ocho imanes.

Aquí empieza la parte puramente fantástica del viaje, que está calcada, todavía más

(1) La versión del aragonés Martín Martínez de Ampíes fué bellamente estampada en Zaragoza por el alemán Paulo Hurus, en 1498, con muchas curiosas estampas en madera, que representan ya animales exóticos, ya trajes de diversas naciones peregrinas (griegos, *surianos* o sirios, abisinios, etc.) y muestras de los alfabetos árabe, caldeo, armenio, etc., todo lo cual acrecienta el valor bibliográfico de este rarísimo libro. El traductor pone de su cosecha al principio un breve *Tratado de Roma*, o sea compendiosa descripción e historia de esta ciudad, y suele añadir algunas notas muy curiosas, especialmente la que se refiere a los gitanos, que él llama *bohemianos* o *egipcianos*.

De los viajes españoles a Jerusalén del marqués de Tarifa y de Juan del Encina es inútil decir nada, por ser tan conocidos.

que lo restante, en la obra de Mandeville: los pigmeos, el reino de las Amazonas, los gigantes antropófagos, los idiotas con ladrido de perros, que se comen á sus padres cuando llegan a la vejez; los cíclopes ó *gomeos* que viven en un valle hondísimo, de donde no saldrán hasta la venida del Antecristo; los centauros, diestros saeteros; otras gentes muy pacíficas que tienen el pie redondo y de él se valen para cultivar la tierra, los dragones de siete eabezas y otros varios monstruos espantables de generación humana o bestial. Muchos de ellos eran vasallos del Preste Juan, príncipe cristiano y piadoso, conforme al rito de santo Tomás, apóstol de las Indias. Si el libro del *infante D. Pedro*, en vez de ser un miserable extracto de una compilación fabulosa de la Edad Media, hubiese sido una emanación genuina del alma peninsular del siglo XVI, ¡qué partido hubiera podido sacarse de este gran mito geográfico que inspiró tan prodigiosas aventuras, y del admirable y auténtico viaje de Alfonso de Paiva y Pero da Covilham en demanda de aquel príncipe fantástico, buscado en la India primero y en Etiopía después! Pero el ignorante falsario se limitó á repetir de mala manera lo que desde el siglo XIV estaba en la imaginación popular. Su viaje termina a las puertas del Paraíso Terrenal, pero incluye á modo de apéndice, una carta del Preste Juan al rey de Castilla, D. Juan II, dándole razón de los ritos y ceremonias de su país y de la variedad de gentes que le pueblan.

La novela geográfica, que de tan pobre modo comenzaba con esta rapsodia callejera, tuvo en el siglo XVII cultivadores mucho más brillantes, entre los cuales merece preeminente lugar el *clérigo agradecido* Diego Ordóñez de Ceballos, cuyo *Viaje del Mundo*, impreso en 1614, trapasa ya el límite cronológico de nuestra actual investigación.

VIII

NOVELA PASTORIL.—SUS ORÍGENES.—INFLUENCIA DE LA «ARCADIA» DE SANNAZARO.—EPISODIOS BUCÓLICOS EN LAS OBRAS DE FELICIANO DE SILVA.—«MENINA E MOÇA» DE BERNARDIM RIBEIRO.—«DIANA» DE JORGE DE MONTEMAYOR.—CONTINUACIONES DE ALONSO PÉREZ Y GIL POLO.—«EL PASTOR DE FILIDA» DE LUIS GÁLVEZ MONTALVO.—OTRAS NOVELAS PASTORILES ANTERIORES Á LA «GALATEA».

Además de los libros de caballerías y los que pudiéramos llamar sentimentales tuvo el arte idealista en la literatura española del siglo XVI otra manifestación muy interesante, tanto por el número de libros á que dió origen como por el valor poético de algunos de ellos y por el aplauso y fama que alcanzaron en toda Europa. Á la falsa idealización de la vida guerrera se contrapuso otra no menos falsa de la vida de los campos, y una y otra se repartieron los dominios de la imaginación, especialmente el de la novela, sin dejar por eso de hacer continuas incursiones en la poesía épica y en el teatro y de modificar profundamente las formas de la poesía lírica. El bucolismo de la novela no es un hecho aislado, sino una manifestación peculiar, y sin duda alguna la más completa, de un fenómeno literario general, que no se derivó de un capricho de la moda, sino de la intención artística y deliberada de reproducir un cierto tipo de belleza antigua vista y admirada en los poetas griegos y latinos. Ninguna razón histórica justificaba la aparición del género bucólico: era un puro *dilettantismo* estético, que no por serlo dejó de producir inmortales bellezas en Sannazaro, en Garcilaso, en Spenser, en el Tasso. Poco se adelanta con decir que es convencional el paisaje, que son falsos los afectos atribuidos á la gente rústica y falsa de todo punto la pintura de sus costumbres;